

Modos de ser Salvador Novo y el 68

Ignacio Solares

Salvador Novo es sin lugar a dudas uno de nuestros grandes escritores del siglo xx. Gran prosista tanto en sus libros como en sus artículos periodísticos —y casi diríamos que sobre todo en estos—, impuso un estilo único, de una claridad deslumbrante, salpicado con brillantes comentarios históricos, lingüísticos o de fino humor; humor que en otros textos o poemas o epigramas se podían volver veneno puro. Como este que dedicó a Torres Bodet:

¡Qué barbaridad!
Exclamó la comunidad
Dejar de ser analfabet
Para leer a Torres Bodet.
¡Francamente qué atrocidad!

O a Luis Spota:

Este grafococo tierno
lleva, por signo fatal,
como apellido paterno
la profesión maternal.

Quizá ningún otro escritor del siglo pasado y lo que va del presente haya amado a la Ciudad de México como él. La recorrió, la describió de punta a punta, la desnudó, la saboreó con la misma sazón que ponía en los guisos que preparaba en La Capilla. Además de sus libros como *Nueva grandeza mexicana*, sus cartas semanales, que publicó en la revista *Hoy* y luego en el periódico *El Heraldo*, son una verdadera delicia al paladar y a la imaginación, y se pueden volver un verdadero vicio. ¿Por qué tengo que estar perdiendo el tiempo leyendo con lujo de detalles los menús o las vestimentas de los comensales, de las comidas, las cenas, los cocteles a los que asistía Novo con la alta sociedad

de la época, los artistas, los altos políticos en el poder? Qué don único para describir las casas, los muebles, los adornos, las pinturas, donde ocurrían. Los museos, los auditorios o los teatros y los eventos o las obras que ahí se celebraban o se escenificaban. Esto además de sus propias enfermedades estomacales (hay que leer cómo y cuánto comía), sus resfriados, sus insomnios, sus sueños, sus operaciones qui-

rúrgicas. Tuvo la suerte de que le tocaron sexenios gubernamentales de gran esplendor, cuando la Ciudad de México aún era habitable y, en efecto, había una vida social y artística privilegiada. Por supuesto, de los problemas políticos (huelgas, manifestaciones, represiones, analfabetismo, pobreza extrema...) no se ocupa y, lo que es peor, no le preocupan. *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro*

© Louis Nagel



Salvador Novo, 1950

Cárdenas, de Manuel Ávila Camacho, de Miguel Alemán (estos tres prologados y organizados por José Emilio Pacheco, los siguientes corrieron a cargo de Antonio Saborit y Sergio González Rodríguez), *de Ruiz Cortines, de López Mateos, de Díaz Ordaz y de Luis Echeverría*: hay que recordar que Novo murió en enero de 1979; estos periodos, decimos, están vistos desde lo alto, con una frivolidad criticable pero admirable, porque no intenta darnos más de lo que nos ofrece que, como decimos, es mucho si tenemos el paladar, el gusto (y hasta el estómago) para conformarnos con esa alta cocina, exclusiva para quienes puedan gozar de ella sin indigestarse.

Pero (“qué *barbaridad*”) su privilegiado mundo se derrumbó en el 68. Novo se aferró a él con las uñas, y siguió mirándolo desde lo alto de algunas de las ruinas que quedaban de él. Pero ya no fue el mismo incitador cultural y social y, por más que trató de conservarla, su abierta risa irónica se empezó a convertir en una mueca de amargura. Quizá de ahí el encadenamiento de sus enfermedades y su muerte prematura. Algo diría Freud de la última imagen que nos dejó: con sus influencias inconcebibles, Jacobo Zabludovsky y sus cámaras de televisión consiguieron entrar al cuarto del hospital donde agonizaba Novo. Entraron sin avisar y encontraron un cadáver aún medio viviente, la boca entreabierta, la piel transparente, consumidas las mejillas, calvo, sin la dentadura postiza y unos ojos alucinados. Lo que va de ese Novo al que encontró Monsiváis en el baño de un gran hotel donde se celebraba una pomposa ceremonia, enchinándose exageradamente las pestañas... Monsiváis le preguntó por qué lo hacía en forma tan ostentosa y la respuesta de Novo fue lapidaria: “Por escandalizar, ¿por qué otra cosa?”.

En una de sus famosas cartas públicas, precisamente el 2 de octubre de 1968, Novo escribe:

“En la puerta de mi casa y en el muro de piedra aparecían expresadamente trazadas, con pintura roja de aceite, varios letreros. El chofer ya había borrado con gasolina los de la puerta que decían ‘Novo con los soldados’, pero en el marco todavía se leía: ‘Novo escribe la crónica de la UNAM’, y en la barda con grandes letras muy parejas y

bien distribuidas: ‘Popular entre la tropa’. ¿Qué habré hecho yo para merecer el honor de compartir con el señor presidente esta lluvia de anónimos murales?”.

Fue gran amigo de Díaz Ordaz, quien lo nombró Cronista de la Ciudad de México y en alguna ocasión apareció en una solemne ceremonia gubernamental con una corbata que le había regalado Novo.

La leyenda de “Novo escribe la crónica de la UNAM”, se debe a que, durante el homenaje funerario a León Felipe en Bellas Artes, el 20 de septiembre de ese 1968, un periodista de *Excélsior* lo interrogó sobre la ocupación militar de la Ciudad Universitaria la noche anterior. Novo afirmó no estar enterado de lo ocurrido y agregó: “Vaya, vaya. Es la primera noticia, y muy buena por cierto, que recibo en el día...”.

Luego, en una entrevista con Miguel Capistrán, hizo una prolija aclaración de lo que en realidad quiso decir, pero que en

definitiva resultó demoledor para su desprestigio. Como escribió Monsiváis:

“Era peor la rectificación. La noticia no es buena, afirmó Novo, pero el hecho fue más que necesario”. Si el hecho era más que necesario, ¿cómo podía la noticia no ser buena?

En *Novedades*, con el seudónimo de “Cronos”, todavía insiste en la burla, ahora con pésimo gusto:

“Que entre los estudiantes que andaban fuera de las escuelas, y los soldados que andaban fuera de los cuarteles, todo acabó en un amoroso *bazuqueo*”.

Como se titula uno de sus grandes libros (quizás el mejor) *La estatua de sal*, esa estatua se había diluido, convertida en pura sal regada sobre la mesa del banquete (lo que además es de mala suerte).

Por suerte para sus lectores, más allá de sus circunstancias personales, le sobrevive el gran escritor que fue. **U**



Ocupación militar de Ciudad Universitaria, 18 de septiembre de 1968

© Colección Manuel Gutiérrez Pineda